DOCUMENT RESUME

ED 074 792 FL 003 311

AUTHOR Ribeiro, Darcy
TITLE Hacia la Nueva Reforma (Toward the New Reform).
INSTITUTION Federacion de Universidades Privadas de America Central y Panama, Guatemala City (Guatemala).
REPORT NO FUPAC-EST-1
PUB DATE Nov 71
NOTE 11p.; In Spanish

EDRS PRICE MF-$0.65 HC-$3.29
DESCRIPTORS Administration; Armed Forces; Bureaucracy; Educational Facilities; *Educational Improvement; *Educational Objectives; *Educational Planning; Faculty; Higher Education; *Latin American Culture; Military Service; Professors; Research; Sociology; Spanish Speaking; *Universities

ABSTRACT

A new wave of reform is needed for Latin American universities suffering from structural rigidity, duplicity, inefficiency, and lack of community. The structural crisis in the university reflects the general social crisis in which society is pressured by opposing forces leading it toward either historical modernization or evolutionary acceleration. Historical modernization is the force that has been active, perpetuating social stratification and neocolonial dependency. Evolutionary acceleration is exemplified in North America, Japan, Germany, and socialist countries, where there is intentional movement toward the restructuring of society from its roots with the objective of organizing it to serve itself and not others. Acceleration leads people to leap from one historical era to another, creating a new socio-economic formation with the capability of controlling its own destiny. (VM)

ED 074792

FUPAC-EST-1
Nov. 71

II SEMINARIO FUPAC

IDENTIDAD Y REALIZACION DE LAS UNIVERSIDADES PRIVADAS

"HACIA LA NUEVA REFORMA"

Darcy Ribeiro

U.S. DEPARTMENT OF HEALTH, EDUCATION & WELFARE
OFFICE OF EDUCATION

THIS DOCUMENT HAS BEEN REPRODUCED EXACTLY AS RECEIVED FROM THE PERSON OR ORGANIZATION ORIGINATING IT. POINTS OF VIEW OR OPINIONS STATED DO NOT NECESSARILY REPRESENT OFFICIAL OFFICE OF EDUCATION POSITION OR POLICY.

FL003 311

HACIA LA NUEVA REFORMA

Darcy Ribeiro.

1. La Universidad Real.

Mirando el conjunto de las Américas se observa que en Hispanoamérica la universidad surgió tempranamente; en Angloamérica, más tardíamente y sólo en décadas muy recientes en Lusoamérica. Las colonias españolas contaban con seis universidades al fin del siglo de la conquista y concerca de diez y nueve en el momento de la Independencia. Anglo-américa, a la época de la Independencia, contaba apenas con nueve universidades. Unas y otras eran instituciones reales y religiosas, siendo orientadas por jesuítas y dominicos en Hispanoamérica y por sectas protestantes de varias denominaciones en Angloamérica. El Brasil sólo contó con un remedo de universidad en el período colonial que impartía, en Bahía, cursos propedéuticos para el sacerdocio y para estudios de Derecho y Medicina, cursados en Portugal. América Hispánica y la América inglesa disponían, por eso, de cuadros intelectuales mucho más amplios y calificados que el Brasil para orientar la organización nacional y para reorientar la enseñanza superior.

Angloamérica, al lograr encaminarse hacia un proceso de aceleración evolutiva, multiplicó el número de sus universidades y simultáneamente les indicó las tareas del desarrollo autónomo. Las matrículas en cursos superiores saltaron, entre 1870 a 1900, de 32 mil a 278 mil, y a 530 mil en 1920, a un millón y 500 mil en 1940 y a 3,6 millones en 1960. La proporción de estudiantes por cada diez mil habitantes ascendió, asimismo, de 13 estudiantes en 1870 a 31, 50, 114 y 201, respectivamente.

América Latina, inmersa en un régimen neocolonial de actualización histórica regido por Inglaterra, se quedó atrás hasta caer en las presentes condiciones de dependencia respecto a Norte América. Aún contando con una tradición universitaria propia y secular, la América española se vio colonizada por los patrones franceses de universidad. Brasil, sólo instituyó sus primeras escuelas de enseñanza superior en la década anterior a la independencia. Cuando fue proclamada la República (1889) el país contaba con cinco facultades, dos de Derecho en San Pablo y Recife, dos de Medicina en Bahía y Río de Janeiro y una más de Politécnica en esa última ciudad. La matrícula en estos establecimientos era de 2.300 estudiantes. El progreso posterior fue muy lento en las primeras décadas, pues aún en 1940, Brasil contaba tan sólo con 21.235 estudiantes de nivel superior y recién había aglutinado algunas facultades en seis universidades estructuradas y en proceso de estructuración. En 1950, entretanto, Brasil contaba ya con cerca de 600 cursos, 15 universidades, aunque la matrícula global sumaba apenas 37.548 estudiantes. Aún hoy Brasil se resiente de la estrechez del colonialismo portugés que sólo pudo tener enseñanza superior luego de la independencia. Sus efectos son visibles en el hecho de que sigue siendo la nación latinoamericana con menor porcentaje de población entre 19 y 22 años matriculada en escuelas de nivel superior. Sin embargo, la magnitud de la población le permite contar con el segundo contingente numérico de estudiantes universitarios de América Latina (160 mil en 1965).

En 1960 América Latina contaba con cerca de 150 Universidades y 500 establecimientos autónomos de enseñanza superior frecuentados por algo más de 600 mil estudiantes. Norte América contaba entonces con 205 universidades (que otorgaban el doctorado) y con 1.800 establecimientos de enseñanza del tercer nivel con un total de 3.610 estudiantes.

Comparando las dos progresiones se comprueba que en 1960 América Latina alcanzaba la matrícula global que Norte América había alcanzado alrededor de 1925; aún así su proporción de estudiantes por diez mil habitantes (29) era inferior a la norteamericana del año 1900 (31 estudiantes por 10 mil habitantes). Comparándose Brasil con Norteamérica se comprueba que para sus 70 millones de habitantes en 1960 (corresponde a la población norteamericana del año 1900), disponía Brasil de 100 mil estudiantes matriculados en cursos de nivel superior, en tanto que en aquel entonces Norteamérica ya contaba con 240 mil.

2. Características estructurales básicas

Todos sabemos que el modelo inspirador de las universidades latinoamericanas de nuestros días fue el patrón francés de la universidad napoleónica que, cumple señalar, no era universidad sino un complejo de escuelas autárquicas. Sería una ilusión, sin embargo pensar que adoptamos el modelo napoleónico en su totalidad, ya que sucedió precisamente lo opuesto. Aquello que caracterizaba a la universidad imperial francesa era su contenido político de institución central de un órgano monopolizador de educación general destinado a desfeudalizar y a unificar culturalmente a Francia para hacer del archipiélago provincial una nación coherente e integrada en la civilización industrial emergente.

Esta orientación, nosotros no la heredamos. Tan solo heredamos el profesionalismo, la descentralización de la enseñanza, la erradicación de la teología y la introducción del culto hacia las nuevas instituciones jurídicas que regulaban el régimen capitalista y de sus cuerpos de auto-justificación; y aún estos degradados, porque trasplantados, no para dar lugar a una aceleración evolutiva, como economías capitalistas independientes, sino, al contrario, para perpetuar los intereses del patronato colonial. Estos estaban invertidos sobre todo en el latifundio y en los negocios de importación y exportación, cuya prosperidad se asentaba precisamente en la complementariedad de la economía interna, organizada para producir ciertos artículos para trocar por manufacturas de los centros industriales foráneos.

La forma matriz francesa, reducida a este encuadramiento colonial, resultaría una universidad patricial que preparaba a los hijos de los hacendados, de los comerciantes y de los funcionarios para el ejercicio de cargos político-burocráticos, de regulación y mantenimiento del orden social, o a las funciones altamente prestigiadas de profesionales liberales, puestos al servicio de la clase dominante. La producción misma, de que se nutría toda esa superestructura, se realizaba en el plano de la cultura vulgar, a través de técnicas desarrolladas y trasmitidas oralmente por la masa trabajadora. Cuando a esta técnica rudimentaria se añadieron mecanismos nuevos destinados a tornarla más eficaz, la implantación de la nueva tecnología se hizo con ingenieros importados con la maquinaria misma y su mantenimiento posterior fue entregado a personal entrenado

a nivel de operadores, el cual sólo muy recientemente se incorporó a la universidad a través de los estudios de ingeniería.

Así es que, entre la universidad francesa que inspiró la multiplicación de escuelas y de habilitación hacia profesiones liberales en América Latina y estas universidades, había una enorme distancia. La estructura copiada sirvió muy bien, entre tanto, para orientar la creación de nuevas escuelas autárquicas, para organizarlas internamente y, más tarde, para aglutinarlas en universidades. De ahí provino la estructura de nuestras universidades, compuestas como federaciones de facultades y de escuelas de carácter profesionalista, no sólo autárquicas por su independencia respecto a la universidad sino también estancadas, por su aislamiento e incluso hostilidad de unas en relación a las otras.

Compuestas según el modelo francés subalternizado, las universidades latinoamericanas son conglomerados de facultades y escuelas, que idealmente deberían cubrir todas las líneas posibles de formación profesional a través del número correspondiente de unidades escolares independientes y autoabastecedoras.

Dentro de la estructura universitaria latinoamericana, los órganos que tienen vitalidad propia, tradición académica secular y consciente, son las facultades o escuelas. La universidad misma es una abstracción institucional, que sólo se concreta en los actos rectorales solemnes de apertura y clausura de cursos y en las asambleas de claustro. En ellas las facultades disputan parcelas del presupuesto o debaten problemas de reglamentación institucional, siempre obsesionados por su lealtad real que dedican a la unidad docente de que forman parte, y casi nunca a la universidad en sí. Es en estas escuelas donde el estudiante ingresa y vive toda su existencia académica hasta su graduación. Las únicas actividades comunes inter-universitarias que conoce son las gremiales estudiantiles. En muchos casos, sobre todo cuando al ser llamados al ejercicio del cogobierno, los estudiantes revelan un interés mayor por los problemas universitarios generales que los mismos cuerpos académicos, encastillados dentro de los muros de sus facultades y con ojos apenas para cuestiones que atañen a ésta y a su competición con las demás.

Esta realidad es obviamente muy distinta a la imagen ideal de la universidad y ideal de la universidad como una comunidad solidaria de profesores y estudiantes. No hay comunidad universitaria alguna, porque tanto los profesores que mal se conocen unos a otros, como los estudiantes, también aislados dentro de las facultades, no tienen oportunidad alguna de convivencia que no sea el gremial, y aún esto sólo afecta a una minoría. De ese modo, cada cuerpo académico se desconoce entre sí y también al otro, excepto dentro de cada escuela. Aún así es todavía formal y episódica la convivencia entre profesores no profesionales, ya que pasan unas pocas horas de la semana en ella, dictando clases desde un estrado, a estudiantes que los oyen pasivamente. Permanecen en la escuela el mínimo posible de horas, sea porque trabajan, y ganan su vida afuera, y de la universidad casi sólo reciben el pago honorífico que los valoriza en el mercado en cuanto profesionales; sea porque la universidad misma, en su forma tradicional, no sabría qué hacer y cómo ocupar últimamente a estudiantes y profesores que en ella quisiesen permanecer.

Esta estructura federativa, profesionalista, rígida, autárquica, elitista, estancada, duplicativa, autocrática, burocrática, tiene como atributos funcionales su extrema rigidez, su tendencia al enquistamiento y su disfuncionalidad.

La función universitaria de preparación de cuadros especializados de niveles superiores necesarios para operar la vida social, quédase a la entera dependencia de grupos de clientela que deben fidelidad primariamente a los grupos internos, secundariamente a las clientelas gremiales y sólo muy lejanamente a los reclamos de la sociedad nacional y sus requisitos de desarrollo. Cada vez que se reclama la creación de una nueva línea de formación profesional se hace necesario montar otra entidad cerrada, dotada de todos los recursos para dar a sus estudiantes una preparación integral. Simultáneamente se vuelve a formar otra clase docente y se va componiendo una nueva clientela profesional, ambas celosas de sus privilegios frente a la sociedad total.

De esa rigidez estructural resulta una carga para la sociedad que se ve compelida a multiplicar unidades escolares para cada carrera y a duplicar para las cátedras de cada una de ellas, los equipos, los laboratorios, las bibliotecas. Esos mismos recursos, si aplicados en una sola entidad integrativa, permitirían crear un órgano excelentemente bien dotado; al dispersarse, sin embargo, no logran dar ni el mínimo de formación necesario a cada tipo de entrenamiento profesional. Ejemplos de esta duplicación son ofrecidos por la Universidad Federal de Río de Janeiro que contaba en 1961 con 39 cátedras de Química dispersas por nueve escuelas; con 16 cátedras de Economía para 7 escuelas; con 13 cátedras de Física y 11 de Matemáticas en 7 escuelas distintas.

La carga que representa para la nación esa duplicidad todavía se agrava por la competencia entre los profesores, cada uno de los cuales procura obtener el máximo de personal, de facilidades de laboratorio y de biblioteca para sus cátedras. Lo paradójico es que, dentro de la estructura vigente, tales esfuerzos conflictuales para obtener el máximo, llegan a ser meritorios, ya que revelan por lo menos cierto celo del profesor hacia sus tareas. Es al calor de estas disputas, y frecuentemente, en razón del prestigio extra-universitario de un profesor, que crecen muchas cátedras en detrimento de otras, quizás más importantes. Se convierten además en centros o instituciones que exhiben en sus bibliotecas más ricas y mejor cuidadas y en sus laboratorios mejor equipados, el prestigio del profesor responsable. Demuestran, que la universidad es una casa sin dueño y sin programa propio, en la cual cada uno debe esforzarse para obtener el máximo para su campo, y donde a nadie compete la defensa de los requisitos generales indispensables al cumplimiento de las funciones sociales de la universidad.

Paralelamente a estos efectos de multiplicación costosa, la estructura tradicional conduce al cultivo de la aparatosidad y a la manía del equipo ultramoderno para el cultivo de una pseudo-ciencia. Uno conduce al faraonismo expreso en edificaciones suntuosas, llevado a cabo por universidades que no disponen de recursos para bibliotecas o para becas. El otro tiene como síntoma más visible el culto a la investigación como un mero procedimiento imitativo, sin compromiso con el avance de la ciencia misma y frecuentemente sin ninguna capacidad de realizar investigación original, aunque con un extraordinario talento para sacar prestigio del prestigio de la

ciencia. Esta situación revela la disfuncionalidad esencial de una pseudo-investigación, conducente a las formas más graves de disimulación que justifican el incumplimiento de las funciones docentes, en nombre de más altas preocupaciones por la ciencia. Y que transfieren el juicio del mérito de las investigaciones realizadas a estrechos círculos internos o a centros del exterior.

Otro efecto de esta deformación, es la esclerosis de las entidades universitarias debido al crecimiento de la burocracia para-científica. No contando con estudiantes post-graduados para las tareas de investigación que constituirían simultáneamente el procedimiento básico de su formación, los centros e institutos universitarios crecen a través de la admisión de auxiliares que terminan por mantenerse en los empleos al cabo de cada programa, acumulándose como una burocracia de nuevo tipo, cuyo prestigio pasa a depender también de simular la realización de nuevas investigaciones.

3. Tentativas de renovación de la Universidad

Hemos señalado muchas veces que la universidad latinoamericana no se encuentra estancada en la forma tradicional en que cristalizó en las primeras décadas del siglo XX. Al contrario de ello, es movida por múltiples cambios, conducidos por convulsiones tanto internas como externas. Las primeras debidas a los esfuerzos de renovación institucional de los profesores más inconformes y sobre todo a la presión del movimiento estudiantil. Las últimas debidas a influencias innovadoras que le hicieron agregar muchas escuelas a los conjuntos originales y enriquecieron el contenido de los viejos planes de estudio con nuevas disciplinas básicas y aplicadas. El panorama de conjunto ya no corresponde, por esto al modelo estructural descrito atrás como peculiar de la universidad tradicional, excepto en aquellos países de la región donde los programas fueron más lentos en el plan institucional y en el docente.

Esos esfuersos de renovación sin embargo, ejerciéndose episódicamente apenas agregaron el antiguo medio de organización universitaria una serie de apéndices sin llegar jamás a la médula del sistema por un cambio en la estructura misma. Algunas de las tentativas de renovación y de reestructuración deben, sin embargo, ser examinadas como experiencias concretas que mucho pueden enseñar, sea por los progresos alcanzados a través de ellas, como por los fracasos a la vez experimentados.

Apreciadas en su conjunto, las soluciones propugnadas por la Reforma ya no son satisfactorias y mucho menos suficientes para asegurar la renovación indispensable a las universidades latinoamericanas para que ellas se capaciten para el pleno cumplimiento de sus funciones. Diversas alteraciones fundamentales en la organización y en el funcionamiento de las universidades exigen hoy nuevas soluciones. Es el caso, por ejemplo, de la organización de la carrera del magisterio que no puede ser resuelta tan sólo con las renovaciones quinquenales de mandato. Es el caso, asimismo, de la verificación del aprendizaje que tampoco se soluciona con bancas examinadoras permanentes, sobre todo cuando convierten a la universidad en una máquina de exámenes en perjuicio de las demás funciones. El carácter verbalístico de las clases magisteriales que justificó, en el pasado, la frecuencia libre a los cursos, hace mucho dejó de tener significación frente a la renovación de los métodos de enseñanza en

campos como la Medicina y la Ingeniería. La democratización de la universidad mediante la enseñanza gratuita y el libre ingreso a los que terminaron cursos liceales, necesita también ser reexaminada frente a la evidente insuficiencia de estos procedimientos cuando no son completados por otros. Todo ello indica la necesidad imperativa de rever el ideario de la Reforma y de sustituírlo por un proyecto completo de renovación institucional de la vida universitaria que tenga para nuestra generación la significación que el manifiesto de Córdoba tuvo en los últimos cincuenta años.

A pesar de todo su valor de actualidad, los ideales de la Reforma precisan ser instrumentados en nuestros días por un nuevo programa de acción, que parta del conocimiento profundo de la situación en que se encuentra la Universidad Latinoamericana, bajo las presiones de proyectos de colonización externa y de condicionamiento interno. El enfrentamiento de esas amenazas exige mas que voluntarios entusiásticos y mas que progresos espontáneos; tampoco puede reducirse a reivindaciones de coparticipación en el proceso universitario. Exige un diagnóstico de mayor criterio y un proyecto propio mejor enunciado que lo que se alcanzó hasta ahora.

4. Universidad y Política

La crisis de las universidades latinoamericanas, es un reflejo sobre ella de la inmersión de la sociedad global en que están insertadas en la coyuntura de subdesarrollo. Indica el pasaje de un estado de simple atraso inconforme y deliberado a autosuperarse. A esta transiaión corresponde una conciencia nueva que agregue a las condiciones de conflicto ciertas posibilidades de atenuación o de superación de la crisis estructural. La atenuación se logra por un acondicionamiento que reimplante el estado de atraso relativo mediante una modernización parcial capaz de satisfacer a los descontentamientos más superficiales y de aplacar las tensiones mas graves. La superación sólo se logra por una transformación radical de las estructuras sociales que den lugar al pleno desarrollo de la sociedad.

El primer camino es la actualización histórica que, preservando por la modernización refleja el cuerpo de intereses internos y los vínculos externos, perpetúa la estratificación social y la dependencia neocolonial. Tal fue lo que sucedió a las naciones latinoamericanas luego de la independencia cuando sus patriciados sofocaron los movimientos insurreccionales que ellos mismos habían suscitado para instaurar un nuevo orden social que perpetuaba su procedencia o para ascender de la sujeción colonial a las metrópolis ibéricas, a una dependencia neocolonial regida primero por Inglaterra y más tarde por Norteamérica. En este movimiento las naciones latinoamericanas experimentaron muchos progresos reflejos hiciéronse consumidoras de productos de la civilización industrial que florecía en las naciones desarrolladas y fijaron su papel apendicular en la coyuntura mundial.

Las propias universidades modernas de América Latina son el producto de ese proceso de actualización histórica. Ello las hizo surgir y crecer tal cual son, es decir, como formadoras de profesionales liberales destinados a ejercer funciones burocráticas y reguladoras del orden social; de celar por los intereses patrimoniales de la clase dominante; de derimir sus conflictos; de cuidar de su salud con las técnicas de la me-

dicina moderna; de construir sus casas señoriales y de maniobrar las máquinas importadas para volver más eficaces las economías nacionales. La contrapartida de ese proceso modernizador que enorgulleció a tantas generaciones del patriciado latinoamericano fue la conversión de sus pueblos en proletariados externos, destinados a llenar las condiciones de existencia y de prosperidad de las clases dominantes internas y de las potencias imperialistas, mediante la producción de materias primas y de productos tropicales.

El segundo camino es el de la aceleración evolutiva, ejemplarizando por Norteamérica y de forma más internacional por Japón, por Alemania y por las naciones socialistas. En estos casos, en lugar de un proceso de modernización refleja, inducido por las clases dominantes internas en asociación con intereses imperialistas, damos con un proceso conducido intencionalmente hacia la reestructuración de la sociedad desde sus bases en el objetivo de organizarla para servirse a sí misma y no a otros. Al contrario de la actualización histórica, la cual ató los pueblos atrasados a la órbita de influencia de los pueblos avanzados como sus servidores, la aceleración conduce a los pueblos a saltar de una etapa histórica a otra, integrándose en una nueva formación socio-económica, sea capitalista, sea socialista como un ente autónomo, capaz de regir su propio destino.

El ámbito de nuestra discusión de la crisis estructural de la universidad latinoamericana involucra toda la dimensión de la crisis social general con la que se enfrentan nuestras sociedades presionadas por esfuerzos opuestos de inducirlas hacia la actualización histórica o hacia la aceleración evolutiva. Es dentro de esta amplia perspectiva que nos cumple estudiar las universidades del pasado y del presente, indagando si ellas sirven o desirven al desarrollo de sus pueblos. Para esa indagación contamos ahora con la capacidad crítica que nos es proporcionada por la propia condición de pueblos no solamente atrasados sino también subdesarrollados que amplía nuestra conciencia permitiéndonos repensar la universidad desde sus bases y proponernos reestructurarla con vistas a la transformación de toda la sociedad. Esta conciencia crítica debe advertirnos, todavía, que estamos siempre en riesgo de caer en dos trampas: la del radicalismo político que se agota en la pura agitación contento con manifestaciones inocuas de protesta o en el reformismo menor que se sitúa al nivel modesto de las ambiciones modernizadoras. Ambos conducen a la actualización histórica.

Es evidente para toda la América Latina que un plano de actualización histórica de sus naciones y de sus universidades está en curso (por ejemplo: los proyectos de modernización de las Universidades de Concepción, Honduras, Costa Rica y otras. Todos ellos fueron orientados por un técnico norteamericano nacido en Grecia, el Sr. Rudolf Acton, que habiendo trabajado en Brasil algunos años en funciones secretariales junto a Anisio Teixeira, buscó conciliar en aquellos proyectos las ideas innovadoras de aquél educador con su experiencia y sobre todo con su subrevaloración de los ideales empresariales y privatistas de la peor tecnocracia educacional norteamericana). Es evidente también que tal plan cuenta con el respaldo entusiasta de la casi totalidad de las capas más ricas así como de los sectores patriciales de cada sociedad. Dentro de la universidad misma, este movimiento cuenta con dos tipos de aliados: el viejo académico tradicionalista, que cultiva una universidad

que no existe, y en nombre de ello desea perpetuar la universidad actual; y algunos nuevos académicos modernizadores que se dejaron polarizar totalmente por centros exógenos de influencia y confían obtener las ventajas de la ayuda y de la asesoría extranjera, sin pagar precio alguno por ello. Los primeros, son una sobrevivencia del pasado, destinada a desaparecer por el propio flujo generacional; los últimos, si no fueren ganados hacia una conciencia crítica de la situación de nuestras universidades, actuarán en ellas como agentes de voluntades externas de renovación modernizadora, correspondiente a intereses extraños y opuestos a los de Latinoamérica.

5. Ejército y Universitarios

Los regímenes de "dictadura regresiva" militar se multiplican por todo el continente a través de golpes de Estado. Nominalmente, se presentan como procedimientos preventivos contra amenazas de subversión del régimen; pero efectivamente son desencadenados para evitar que la voluntad de reforma y la decisión de profreso de la mayoría de la población latinoamericana encuentre condiciones de ejercerse democráticamente.

Las características más sobresalientes de esos regímenes de "dictadura regresiva" son, primero, su naturaleza retrógrada de cuerpos destinados deliberadamente a eternizar el status quo; segundo, su descompromiso del progreso nacional que los hace pagar, indiferentes, el precio de la condenación de sus pueblos al atraso, para que así mantengan intocado el orden tradicional; tercero, los vínculos externos que los convierten en agentes nacionales de programas de actualización histórica de América Latina, regidos por Norte América, en nombre del combate al comunismo, pero destinados, en realidad, a defender los intereses invertidos por sus grandes corporaciones que lucran con la penuria de los latinoamericanos.

Estas características oponen frontalmente las universidades al militarismo regresivo y hace que ambos se enfrenten como contendientes irreductibles por estar empeñados unos a servir al cambio y al desarrollo, y otros a mantener el viejo orden y el atraso que le corresponde. Esta oposición se viene generando y extendiendo desde el fin de la última guerra cuando los militares latinoamericanos se vieron en la contingencia de redefinir, solos y desayudados, su papel social frente a una nueva coyuntura internacional, de lo rudimentario de organizaciones militares frente a la complejidad y al alto costo de las guerras modernas. Y fueron atraídos por una campaña sistemática de adoctrinamiento llevada a cabo por los norteamericanos para convertirlos en sus servidores. Desde entonces, se forjó una nueva concepción estratégica que define a la subversión interna como el enemigo fundamental a combatir, aunque los militares sólo puedan hacerlo al costo de volverse ellos mismos los subversores de las instituciones democráticas. Dicha estrategia conceptúa como subversión interna, cualquier esfuerzo de reforma estructural que permita a las naciones latinoamericanas un desarrollo independiente y autopropulsado.

El alejamiento tradicional entre universitarios y militares, graduados en escuelas superiores distintas e independientes, sometidas a influencias externas, aunque las escuelas militares en grado mucho más alto, facilitó un aislamiento creciente entre

las concepciones de unos y otros respecto a la nación y a la coyuntura mundial en que ella vive su destino y a sus respectivos papeles sociales y políticos. En esas circunstancias precisamente en la etapa en que en Norte América las fuerzas armadas más se aproximaron a las universidades, por saber que sólo allí encontrarían cuadros de alto nivel científico y tecnológico para lograr sus designios, en América Latina, los militares y los universitarios entraron en conflicto abierto.

Estas dos posturas, en realidad, no son opuestas, sino complementarias dentro de una estrategia general que predefine los papeles de las fuerzas armadas en las áreas céntricas y en las periféricas. La aceptación masiva de una posición periférica es lo que imposibilita a los militares latinoamericanos la percepción del valor estratégico de la ciencia y de la tecnología que se cultiva en las universidades. Concibiéndose a sí mismos como fuerzas auxiliares que sólo necesitan entrenarse para maniobrar instrumental importado, miran a las universidades de sus países como meros focos de agitación subversiva.

En este mismo período los universitarios latinoamericanos, viendo enlazadas hacia la guerra y el armamentismo las grandes universidades del mundo, comprendieron que ellos también cumplían funciones más operativas que conferían valor instrumental al saber que se cultivaba en las universidades. Comprendieron, por igual, que el único enlace aceptable para sus universidades era el de servir a la sola guerra en que sus pueblos están involucrados: la guerra contra el subdesarrollo y contra todas las formas espontáneas o intencionales de perpetuarlo.

Estas dos concepciones opuestas se fueron madurando desde formas larvales hasta procedimientos activos que explotan en choques dramáticos entre estudiantes y profesores desarmados, pero concebidos como extremadamente peligrosos, y militares superarmados que se autodefinen como los custodios del orden vigente. En el empeño por mantenerla intocada, desencadenan golpes preventivos, invaden universidades y, sobre todo, cierran aquéllas en que el cultivo de la ciencia y de la tecnología ya alcanza un desarrollo señalable. Este desencuentro sólo ha sido agravado en los últimos años y ya son tantas las intervenciones militares en las universidades que, hoy día, mayor número de académicos latinoamericanos de alta calificación se encuentra fuera de sus países, por persecución política que por otra causa cualquiera, incluso la tan discutida migración de talentos. La situación ya es tan grave que cumple indagar si también en esto no estamos delante de otra característida de la "dictadura regresiva". La verdad es que las naciones latinoamericanas están sufriendo una sangría de intelectuales, científicos y tecnólogos, en proporciones tan elevadas como las que España experimentó en el pasado y que sumergió sus universidades en una mediocridad de la que hasta hoy no consiguieron vencer. Esta intelectualidad expulsada de sus países, precisamente la más independiente y creativa, fue formada a través de décadas de esfuerzos y al costo de enormes inversiones nacionales. Su pérdida sería un daño irreparable; en realidad, un daño equivalente al que da a sus pueblos el celo reaccionario inducido desde fuera de los militares latinoamericanos y ciertamente más grande que todo lo que reciben las universidades latinoamericanas del dinero aportado a la modernización de sus centros de enseñanza e investigación.

CONCLUSIONES

Resumiendo nuestro análisis podemos afirmar que la universidad latinoamericana se enfrenta en nuestros días a tres órdenes de desafíos esenciales que debe superar simultáneamente. Primero, el problema crucial que se presenta a todas las universidades contemporáneas de ampliarse para abrigar una parcela creciente de la juventud, con vistas a matricular un día en sus cursos a todos los jóvenes de cada generación capaces de frecuentarlos con provecho; y asimismo, lo de ampliar los conocimientos humanos y reducirlos a un nuevo cuerpo de comprensiones comunes fundados en la ciencia que será la cultura vulgar de la nueva civilización. Segundo, el específico desafío de superar sus estructuras obsoletas cuya perpetuación no se justifica por cualquier eficacia en el ejercicio de las funciones mínimas exigibles de cualquier universidad, sino tan sólo por el poder de la cantidad de intereses empañados en mantenerlas tal cual son porque sus posibilidades de autoafirmación se asientan precisamente en las debilidades de la universidad. Tercero, la contingencia de emprender un nuevo movimiento de reforma que permita conducir los esfuerzos de ampliación exponencial de las matrículas y de progreso de las instituciones universitarias como un movimiento paralelo a la lucha de toda América Latina contra la "dictadura regresiva". Es decir, dar una orientación política a la lucha hacia la nueva reforma haciendo de ella un ariete que se lance contra la universidad obsoleta y los que la quieren así; y en contra de la sociedad atrasada y los que están conformes con su atraso.

El presente trabajo fue publicado por:
Corporación de Promoción Universitaria
Santiago de Chile 1969